

Gracias otra vez a Francisca Garrido, que ha pasado a limpio la amplia cronología que acompaña a este libro, y a Puri Plaza y Raquel Vich que se han pasado horas y horas delante de mi ordenador para poner en limpio lo que mi imposible relación con las máquinas me hace producir caóticamente. Y a Laura por su paciencia y comprensión.

# La Guerra de los Montañas

## Prólogo

Por Felipe Sahagún (\*)

Pocas veces tantos periodistas trabajaron tanto para conseguir y transmitir tan poco como en la guerra del Golfo.

La causa principal es el sistema de controles y restricciones impuesto por los contendientes. En dictaduras de corte medieval como las árabes, era de esperar. En democracias occidentales que, al lado de muchos países árabes, se enfrentaron al Ejército iraquí para expulsarlo de Kuwait y eliminarlo como amenaza futura en la región, la política informativa durante la crisis y guerra del Golfo ha sido el resultado de lecciones aprendidas por EE.UU. y Gran Bretaña en las guerras de Vietnam, Granada y Malvinas, sobre todo en la primera.

Los medios de comunicación de masas, como la naturaleza, aborrecen el vacío, especialmente cuando se vive en un mercado global tan competitivo como el actual, en el que todos desean y esperan enterarse de lo que sucede lo más pronto posible, independientemente del lugar de los acontecimientos y, a ser posible, en directo.

Cuando no hay información para llenar ese vacío, como sucedió tantas veces en la crisis y guerra del Golfo, se llena como se

---

(\*) Pseudónimo profesional de Felipe María Marcos, periodista, ex corresponsal en Londres y Nueva York. Actualmente, comentarista de TVE, *El Mundo y Tribuna*, y profesor titular de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid.

puede. Vale casi todo: opiniones de expertos reales o improvisados; ampliación y repetición de declaraciones e imágenes oficiales; explicaciones parciales e incompletas del contexto, de las circunstancias, en lenguaje casi siempre criptico para pasar la censura; rumores; o, lo que es peor, los propios periodistas y sus medios. Reporteros, cámaras y fotógrafos acaban convirtiéndose en protagonistas, en sujetos y objetos activos de la información que transmiten. La CNN ha logrado llevar esta incongruencia a sus últimas consecuencias en la guerra del Golfo.

Quien mejor ha resumido las lecciones de Vietnam es el ex presidente estadounidense Richard Nixon en uno de sus últimos libros<sup>1</sup>.

Las últimas guerras, viene a decir Nixon, se han perdido en la opinión pública antes que en el campo de batalla. Por tener mucha más influencia la opinión pública sobre los dirigentes en las democracias que en las dictaduras, las democracias siempre estarán en desventaja a no ser que tengan a la opinión pública a su favor.

«Los dirigentes americanos no pueden hacer la guerra sin el apoyo firme de la opinión pública, y el pueblo americano sólo apoyará la guerra si está convencido de que se hace por una causa justa», escribe Nixon.

«Las democracias no están bien equipadas para librarse guerras prolongadas o limitadas», añade. «Un poder totalitario puede obligar a su población a luchar indefinidamente, pero una democracia sólo lucha bien mientras la opinión pública apoya la guerra, y la opinión pública deja de apoyar una guerra cuando no se libra con decisión o cuando no se reciben señales tangibles de progreso. Esto es doblemente cierto cuando se combate a medio mundo de casa».

Un ejemplo al que Nixon dedica varias páginas y que considera modélico para entender «las lecciones de Vietnam» es la información sobre la ofensiva del «Tet». «Aunque fue una victoria aplastante de Vietnam del Sur y de los Estados Unidos, los

medios informativos transmitieron la imagen de una desastrosa derrota», escribe el ex presidente. «El flujo constante de noticias inexactas convenció a millones de americanos de que habíamos perdido una importante batalla. Los corresponsales, la mayor parte de los cuales nada sabían de cuestiones militares, se perdieron el gran cuadro. Se ofuscaron con incidentes dramáticos aislados y con frecuencia publicaron noticias dramáticamente erróneas...». La de Nixon no es una opinión aislada. Periodistas prestigiosos como William Small, Richard Lindley o Michael Herr han escrito cosas similares.

El presidente George Bush, siguiendo los planes de censura, desinformación y propaganda elaborados por la Administración estadounidense desde 1975, cree también a pies juntillas en el análisis de Nixon sobre el fracaso en Vietnam. Para evitar que se repitiera ese fracaso, autorizó y promovió en la guerra del Golfo unos controles mucho más estrictos de la información, la integración de los medios de comunicación social en los planes militares como una de las divisiones más importantes, y una ofensiva diplomática sin precedentes para recabar el apoyo político y financiero de la sociedad internacional a la intervención militar contra el régimen iraquí.

La integración de los medios de comunicación social en los planes militares estadounidenses ha sido tan perfecta que, iniciada la guerra aérea en la madrugada del 17 de enero del 91, resultaba difícil distinguir si eran los Gobiernos y Ejércitos los que utilizaban y manipulaban a los medios, sobre todo a la televisión, o si eran los medios los que utilizaban a los Gobiernos y a los Ejércitos para dar mayor realismo y credibilidad a su espectáculo, condicionado siempre por otras guerras no menos apasionantes: la de las audiencias y la de los lectores.

En el primer día de la ofensiva terrestre, por ejemplo, puede haber sido tan eficaz la «maniobra de diversión o despiste» de las fuerzas marítimas, el desembarco que nunca existió, como el desplazamiento masivo de periodistas hacia la parte más oriental de la frontera entre Kuwait y Arabia Saudí. Ambos movimientos pudieron hacer creer a la Guardia Republicana apostada en el sur de Irak y en el norte de Kuwait que la ofensiva principal vendría por mar y por el sur. Pronto quedaron claras dos cosas: el ataque prin-

<sup>1</sup> NIXON, Richard. *No More Vietnams*. Comet. Allen Co. Nueva York, 1986.

cipal sería por el oeste, lejos de donde se encontraba la mayor parte de los «pools» de periodistas, y no habría desembarco para evitar los centenares de miles de minas sembradas por los iraquíes en la playa y costas de Kuwait.

La integración de los medios de comunicación iraquí en los planes militares de Sadam no merece comentarios, dado que existía ya, igual que sucede en la mayor parte de las dictaduras, en tiempo de paz. Resulta interesante, sin embargo, la utilización que el régimen iraquí hizo durante la guerra de los escasos medios informativos occidentales que lograron o se arrevieron a permanecer en Bagdad iniciada la ofensiva aérea.

Alfonso Rojo, enviado especial del diario español *El Mundo*, el único corresponsal occidental que permaneció en la capital iraquí desde el principio hasta el final de la guerra junto a Peter Arnett, si lo hubieran deseado, pero «se pusieron muy nerviosos o tuvieron miedo» y se largaron. De acuerdo con su testimonio, el régimen iraquí hubiera autorizado la permanencia de muchos más si éstos hubieran querido quedarse.

«Yo creo que hice lo que tenía que hacer», decía Rojo a su regreso a España<sup>2</sup>. «No fui allí (Bagdad) a pescar. Fui a cubrir una guerra, como un profesional. Es mi trabajo. Por lo tanto, entendí que no me podía marchar cuando iba a empezar la guerra. Debía cubrirla. Creo que actué profesionalmente. Hice lo que creía más adecuado».

En cualquier caso, en la cuarta semana de la guerra se filtró a los medios occidentales que el régimen iraquí estaba utilizando los equipos de la CNN, de la cadena japonesa NHK y de la francesa *La Cinq* para sus comunicaciones externas. Los medios citados fueron, junto a la ITN británica y la agencia francesa AFP, los únicos que disponían por aquellas fechas de teléfono conectado a satélite para informar desde Bagdad<sup>3</sup>.

Con todo, tan satisfechos quedaron los dirigentes estadounidenses por el resultado de su censura y desinformación al final de la contienda que, en la rueda de prensa triunfal del 28 de febrero, alcanzada la victoria total, el general Norman Schwarzkopf, comandante en jefe de la operación «Tormenta del Desierto», agradeció a los periodistas su utilísima colaboración y se congratuló por el excelente resultado de la política informativa desde la invasión iraquí de Kuwait el 2 de agosto.

Las lecciones de Vietnam no terminan ahí. Docenas de veces dijo el presidente Bush durante los casi siete meses que duró el conflicto que «esto no va a ser otro Vietnam» y que «lograremos una victoria rápida y decisiva». Con ello estaba reconociendo también algunos consejos elementales aprendidos por Nixon en la guerra de Vietnam:

\* No se debe comprometer nunca el prestigio de un país sin los medios o recursos adecuados para defender ese prestigio.

\* No debe comprometerse nunca uno en objetivos que sean incompatibles, pues en uno u otro saldrás perdiendo.

\* Cuando, para alcanzar un objetivo, tengas que luchar, lucha hasta ganar, no luches a medias porque, de hacerlo, siempre perderás.

\* Si, para conseguir un objetivo, necesitamos hacer cuatro cosas y sólo hacemos una, tenemos garantizado el fracaso antes de comenzar. Lo que es peor: estamos malgastando nuestro esfuerzo y nuestro tiempo.

\* Pocas guerras, salvo la segunda guerra mundial, han sido guerras totales, sin límites, de todo o nada. Victoria no significa victoria total, o derrota total, del adversario. La victoria se alcanza cuando se alcanzan los objetivos fijados, que no tienen por qué incluir, y de hecho casi nunca incluyen, la derrota total y definitiva del adversario<sup>4</sup>.

En este libro, Alejandro Pizarroso, probablemente el principal investigador español de hoy sobre la propaganda de guerra, analiza con un rigor encomiable, dada la premura requerida por la

<sup>2</sup> Entrevista publicada en el Dossier del diario *La Crónica de León*, el 24 de marzo de 1991, p. XII.  
<sup>3</sup> *El Mundo*, 10-2-91, p. 7.

<sup>4</sup> NIXON, *Op. cit.*, pp. 67-79.

proximidad de los acontecimientos estudiados, los resultados de las lecciones informativas de Vietnam en la guerra del Golfo<sup>5</sup>. En el prólogo me limitaré a hacer algunas reflexiones sobre aquellos datos de la cobertura informativa del conflicto que, como profesional, me parecen más importantes y sobre los aspectos políticos y militares de la guerra que, como estudioso de las relaciones internacionales, considero más decisivos para el futuro de la sociedad internacional y para una comprensión más cabal de las mentiras, verdades y semiverdades que han nublado el conflicto.

#### REFLEXIONES SOBRE LA INFORMACIÓN DE LA GUERRA

En la guerra informativa del Golfo, igual que en la militar, ha habido vencedores y vencidos. Entre los primeros destacan el Gobierno y Ejército estadounidenses, la cadena de televisión CNN, los satélites y la informática. «La primera víctima cuando llega la guerra es la verdad». Simplificamos y despersonalizamos así la larga lista de vencidos, haciendo nuestra la cétera definición del senador Hiram Johnson en 1917, que Phillip Knightley adoptó como título de su magnífico estudio sobre el corresponsal de guerra<sup>6</sup>.

Los principales vencedores han sido, sin duda, los dirigentes estadounidenses, quienes, a pesar de todos sus agujeros, errores, excesos, defectos, contradicciones y precipitaciones, han quedado plenamente satisfechos con los resultados globales de su control sobre la información. Dicho control se ha ejercido mediante tres instrumentos principales:

- a) El control de las fuentes y del acceso a las mismas con la censura previa de todo el material transmitido y la filtración

<sup>5</sup> Véase su libro *Historia de la propaganda*, Editorial Eudema, Madrid 1990.

<sup>6</sup> *The First Casualty*. Quartet Books. Londres, 1982. La primera edición se publicó en 1975. Publicado en España por la editorial Euros bajo el título «Corresponsales de Guerra», en 1976.

ción, por medio de «pools» o grupos reducidos de periodistas bien seleccionados, de los contactos directos entre los informadores y los soldados en el frente.

- b) El silencio sobre el número de muertos y heridos en las filas iraquíes, y la prohibición de transmitir imágenes, fijas o en movimiento, de las víctimas.
- c) Una sobresaturación de datos técnicos, información marginal y ruedas de prensa «on the record» y «off the record», combinada con apagones informativos en momentos cruciales como las primeras horas de cada ofensiva, aérea y terrestre. Esta sobresaturación era en parte intencionada y en parte buscada por los propios medios.

El éxito de esta política informativa se debe a cuatro causas: al éxito de la política militar; al aislamiento diplomático del régimen iraquí, que le hizo perder toda credibilidad en Occidente como contrapeso de la información del Pentágono; al interés de Sadam Hussein, para ocultar a los ojos de su pueblo y del pueblo árabe la realidad de su debilidad y de los daños que estaba sufriendo, por colaborar con el silencio estadounidense sobre víctimas y daños materiales; y a la opinión pública mayoritaria dentro de EE.UU. a favor de la política informativa de su Gobierno.

Si los iraquíes hubieran tenido algún sentido, habrían llevado a centenares de corresponsales occidentales a las primeras líneas del frente para que filmaran e informaran de los efectos de los bombardeos. No lo hicieron, así que las televisiones y los periódicos de Occidente tuvieron que alimentarse del material que les cedían los militares aliados, casi siempre pobre y con mucho retraso. Argentina demostró mucha más inteligencia en la guerra de las Malvinas.

La ausencia de imágenes de muertos y su sustitución por imágenes de ordenador, de satélite o de las cámaras incorporadas en los bombarderos aliados, en las que podían verse disparos de precisión y limpieza sorprendentes contra objetivos militares iraquíes o los «fuegos artificiales» de los misiles, bombarderos y artillería que iluminaban los cielos iraquíes, saudíes o israelíes casi todas las noches de la guerra mantuvieron vivo el espectáculo que necesitaban las televisiones y, al mismo tiempo, tranquilizaron las

conciencias de los occidentales y ayudaron a mantener el apoyo a los gobiernos que participaban en la guerra.

Dos rupturas de esa visión, tan paradisiaca como ficticia, de la guerra fueron las imágenes de los muertos por el bombardeo estadounidense de un búnker de Bagdad en el que dormían cientos de civiles y la foto fija de un rostro calcinado, el de un soldado iraquí desconocido que había muerto achicharrado en algún lugar de Kuwait o el sur de Irak al intentar escapar de su tanque. No sabemos si el semanario *The Observer* británico, que publicó la foto en su portada el 3 de marzo, se hubiera atrevido a hacerlo de ser estadounidense o británico el muerto.

Para Harold Evans, ex director del *Sunday Times* y del *Times* de Londres, las duras críticas levantadas contra el *Observer* por publicar aquella foto «demuestran que incluso hoy, al final del siglo más sangriento que ha conocido el mundo, después de las trincheras, de Hiroshima y de My Lai, la cultura popular sigue imbuida, en gran medida, de una percepción romántica de la guerra y se resiente cuando recibe una realidad más sombría»<sup>7</sup>.

Tal vez esa actitud explique la respuesta dada por Juan Antonio Sacaluga, jefe de Internacional de *TVE*, a Jaime Martínez, secretario de CC.OO. en la emisora, cuando éste le pidió explicaciones sobre la eliminación de los planos más duros de los cadáveres y heridos iraquíes en el bombardeo del bunker. «No se emitieron dichos planos por considerarlos morbosos, desagradables y faltos de información», dijo Sacaluga<sup>8</sup>.

Aparte de noticias falsas, aparentemente filtradas por los responsables aliados de la guerra psicológica, como el supuesto viaje de la esposa y los hijos de Sadam a Mauritania a mediados de enero, los rumores nunca confirmados sobre la ejecución de los mandos iraquíes de la fuerza aérea por orden de Sadam o la supuesta colocación de virus informáticos en los misiles vendidos por Francia a Irak, el éxito principal en la desinformación de la guerra del Golfo fue lo que mi admirado Jim Hoagland, delegado

del *Washington Post* para Europa con sede en París, califica de «low balling» o balones bajos<sup>9</sup>.

Se refiere Hoagland con esa expresión deportiva a la reducción de expectativas de victoria aplicada de forma intencionada por los altos mandos del Pentágono desde el segundo día de la guerra aérea. Con esta táctica, incluso un resultado modesto hubiera parecido una gran victoria. «Así es como entiendo las decisiones de Mr. Cheney de dejar flotar en el aire, sin contradecirlas, las predicciones de 10.000 muertos estadounidenses» en caso de lanzarse la ofensiva terrestre, escribe el corresponsal estadounidense, galardonado hace años con el Pulitzer.

La misma finalidad esconde, al parecer, la inflación por el Pentágono de las fuerzas militares iraquíes en el sur de Irak y en Kuwait durante los siete meses de ocupación y anexión del emirato. El departamento de Defensa seguía asegurando el 17 de enero del 91 que Irak disponía de unos 600 000 soldados en aquella zona. Más tarde, los aliados dijeron que habían sido hechos prisioneros unos 180 000 y que otros 30 000 habían logrado escapar hacia el norte de Irak. ¿Qué ocurrió con los 390 000 restantes? ¿Murieron o, lo que parece más probable, algunos desertaron y la mayor parte nunca estuvo donde se dijo que estaba?<sup>10</sup>

Mes y medio después del fin de la guerra vamos conociendo algunas noticias que empiezan a restablecer la verdad desfigurada. Las famosas «bombas inteligentes» sólo representaron un 7 por ciento de todos los explosivos lanzados por EE.UU. sobre Irak y Kuwait. Más importante aún, a pesar de todas las imágenes de televisión sobre bombas de precisión entrando por chimeneas, ventanas de ventilación o puertas de hangares iraquíes, el 70 por ciento de las 88 500 toneladas de bombas arrojadas por EE.UU. y sus aliados sobre Irak y Kuwait en los 43 días de guerra erró el tiro<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> «Necessary Shock to Our Image of War», *The Observer*, 10-3-91, p. 22.

<sup>8</sup> *El Mundo*, 14-2-91, p. 57.

<sup>9</sup> «The Latest Aggressions from the Opinion-War front», *International Herald Tribune* (I.H.T.), 25-1-91, p. 6.

<sup>10</sup> WICKER, Tom, «For Pentagon Censor, an easy victory, too», *I.H.T.*, 22-3-91, p. 5.

<sup>11</sup> BURNS, Jimmy. «Truth: The first casualty of war», *Financial Times*, 16 y 17 de marzo de 1991, p. XXII.

¿Por qué ningún medio informativo logró romper el cerco de los censores militares durante la guerra y publicar un dato tan importante?

¿Por qué hemos tardado semanas en conocer que los misiles antimisiles «Patriot» estaban destruyendo los «Scud», pero no las cabezas de los misiles iraquíes?

¿Por qué hubo una distorsión tan grande entre la cifra total de prisioneros iraquíes ofrecida por el Pentágono, unos 60 000, y la cifra ofrecida por los mandos militares británicos, que hablaban de casi el triple? Todavía hoy seguimos sin recibir una aclaración.

¿Por qué sigue sin reconocer el régimen de Bagdad los daños humanos y materiales reales sufridos? ¿Por qué ambos, iraquíes y aliados, han corrido un tupido velo sobre las fuerzas militares de Irak que lograron escapar del cerco y sobrevivir para asegurar la victoria posterior, en marzo y abril, de las fuerzas leales a Sadam sobre los rebeldes kurdos y shíeies? ¿Acaso era la única posibilidad de asegurar la integridad territorial de Irak, objetivo proclamado siempre por los EE.UU.?

En este mar de interrogantes sin respuestas, ¿debemos seguir dando por ciertas las acusaciones kurwaitas de todas las barbaridades cometidas por las fuerzas iraquíes dentro de Kuwait, como asesinar a bebés arrojándolos fuera de las incubadoras y ejecuciones indiscriminadas entre el 2 de agosto del 90 y el 28 de febrero del 91? ¿Dónde empieza la desinformación y termina la verdad?

#### LA RESPONSABILIDAD DE LOS MEDIOS INFORMATIVOS

No toda la culpa debemos atribuirla a los Gobiernos y Ejércitos. Los informadores y sus empresas también tienen una parte de responsabilidad en las violaciones de la verdad durante la guerra del Golfo.

Las principales manifestaciones de esa vulneración de los principios básicos de libertad de prensa, derecho de la información y derecho a la información han sido:

- la aceptación de las restricciones de acceso a las fuentes,
- la obsesión por las dos, tres o cuatro caras o versiones de la noticia,
- la prioridad del espectáculo sobre la información en televisión,
- el patrioterismo de muchos informadores y propietarios de medios informativos,
- el pacifismo fácil en el que incurrieron algunos medios, sobre todo en España,
- el olvido, desconocimiento y desinformación sobre los antecedentes del conflicto,
- la marginación en la mayor parte de los medios informativos de los críticos, de la ideología dissidente,

El *acceso a las fuentes* venía limitado desde el sistema selectivo de concesión de visados por Arabia Saudí hasta la elección de quienes podían participar en los «pools», pasando por toda una serie de premios y castigos, listas negras de discursos o «peligrosos» y control de los entrevistados. Quienes trataron de saltarse los controles establecidos, fueron sancionados o expulsados de Arabia Saudí, o detenidos, interrogados y torturados por las fuerzas iraquíes. La desaparición de Bob Simon, de la CBS, con otros tres miembros de su equipo en la frontera, fue una lección que los mandos aliados utilizaron bien para amedrentar a nuevos llaneros solitarios.

Nueve publicaciones y cuatro periodistas a título individual presentaron una demanda ante el tribunal de distrito de Manhattan contra el departamento de Defensa, su secretario Dick Cheney, el secretario adjunto Peter Williams, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, general Colin Powell, y el presidente George Bush por haber sido desautorizados para cubrir con corresponsales propios la guerra desde Arabia Saudí. En el momento de escribir estas líneas, el caso todavía no había sido visto para sentencia<sup>12</sup>. Protestas similares o más fuertes pudieron oírse en Francia y

<sup>12</sup> GERSH, Debra, «Protesting the Gulf Ground Rules», *Editor & Publisher*, 19-1-91, pp. 7-9.

otros países. En España las quejas más reiteradas estuvieron motivadas por la falta de información del Gobierno, sobre todo del Presidente, y no tanto por el malestar con las restricciones impuestas por los mandos aliados.

Los principales medios informativos internacionales aceptaron las normas que les vinieron dadas y se limitaron a recordar a diario a sus lectores, oyentes y telespectadores que «las informaciones aparecidas en estas páginas (o en los siguientes espacios) han sido sometidas a la censura» de unos u otros.

La presión por el directo a la que estaban sometidos los medios audiovisuales hizo imposible en momentos cruciales, como el primer ataque con misiles Scud contra Israel, la cobertura de la información y dio lugar a lo que Michael Schiffer y Michael F. Rinzler denominan «el rumor sin procesar»<sup>13</sup>. NBC y ABC informaron de ataques con armas químicas contra Israel y la CBS habló de represalias israelíes. La prensa escrita, según ambos investigadores, logró evitar mejor la niebla de la guerra, pero, debido a las restricciones del Pentágono, «no es que acertaran con el gran cuadro sino que lograron evitar errores en lo que contaron».

La *objetividad* mal entendida sigue siendo, por lo visto en la guerra del Golfo, una de las peores lacras de la información. Obsesionados por compensar la información de un lado con información del otro y opiniones a favor de unos con opiniones a favor de otros, muchos periodistas y medios informativos siguen cometiendo uno de los errores más graves del periodismo: equilibrar, como si fueran igual de ciertas e igual de válidas, dos versiones contrarias sobre un mismo hecho. De nuevo, este es un vicio que aparece con mucha más frecuencia en los medios audiovisuales que en los escritos.

«La verdad (y audiencias mayores) se supone que surge de la confrontación de opiniones empaquetadas en limpios nidos», comenta Hoagland. «Todos, hasta Sadam Husein y sus apologistas, tienen una historia que contar y se les da la oportunidad de con-

tarla en las mismas condiciones que al pueblo que invaden, matan y torturan. Así es el mercado de ideas por televisión»<sup>14</sup>.

Es un problema tan antiguo como el periodismo y la guerra del Golfo nos ha vuelto a demostrar que se ha avanzado muy poco. Herbert Mathews, uno de los mejores correspondentes extranjeros en la guerra civil española, es el que mejor ha diagnosticado los síntomas de esta enfermedad incurable:

«Todos los que vivimos la guerra española nos sentimos implicados apasionadamente en ella... percibí siempre la falsedad y la hipocresía de los que se proclamaban neutrales y la estupidez, si no pura majadería, de directores y lectores que pedían a los correspondentes de la guerra que escribiesen objetiva e imparcialmente... Es el mismo viejo error que lectores y directores seguirán cometiendo y que siempre continuará acosando al cronista que, siendo humano, ha de tener sentimientos y opiniones propios. Al condonar el compromiso se rechazan los únicos factores que realmente importan: honestidad, comprensión e integridad. El lector tiene derecho a que se le den todos los datos; no lo tiene a exigir que el periodista o el historiador estén de acuerdo con él»<sup>15</sup>.

La *espectacularización* de la guerra es el tercer rasgo citado. A juzgar por el aumento de las audiencias de radio y televisión y de las tiradas de los periódicos, la guerra del Golfo ha sido, mientras duró, el primer espectáculo del mundo. Una pena que, económicamente, haya sido un desastre para los medios al trastocarse la programación, multiplicarse los gastos de producción y reducirse parte de la publicidad.

La disponibilidad de antenas y teléfonos portátiles conectados a satélites, y de equipos ligeros de filmación, junto a una organización como la CNN que vive del directo y un claro interés de los mandos aliados por vender la eficacia de su parafernalia electrónica para demostrar que el dinero del contribuyente ha estado bien invertido garantizaban un succulento «manjar» de imágenes y así fue.

<sup>13</sup> «Gulf Reporting: The News Vacuum is sucking us in», *I.H.T.*, 25-1-91, p. 6.

<sup>14</sup> *Op. cit.*

<sup>15</sup> MATTHEWS, Herbert. *The Education of a correspondent*. Harcourt Brace, Nueva York 1946, pp. 67-68.

La exhibición de prisioneros por televisión, tres entrevistas en la última semana de agosto del 90 a Sadam Husein por canales occidentales distintos, el pulso entre Dan Rather y Ted Koppel por llegar los primeros a Kuwait, el bombardeo aliado sobre Bagdad, los pozos de petróleo kuwaitíes ardiendo... todo se convirtió en un espectáculo. Sumado al ingrediente militar de cualquier conflicto armado, que siempre despierta actitudes más emocionales que racionales, esta primacía de lo espectacular sobre lo noticioso acabó convirtiéndose en una especie de droga y creó adicción en los espectadores de medio mundo.

Buena parte de culpa en esta espectacularización de la guerra, que conllevo una banalización evidente, la tiene la Casa Blanca por la forma en que se planteó su política informativa desde el primer día del conflicto. Para Bush y sus consejeros, era como el duro e intenso final de una campaña electoral presidencial y aplicaron las mismas directrices: contestar a todo y lo más rápidamente posible, no confiar lo más mínimo en el adversario e impedir a toda costa que el adversario se haga con la iniciativa.

Esa rapidez de reflejos de la Administración Bush fue crucial para el éxito de su operación en el Golfo. El hecho de que cinco de los llamados «ocho grandes» o pesos pesados del Gobierno estadounidense hayan sido personas claves en las campañas electorales del partido republicano en los últimos quince años ayudó bastante. Ante miuras de la comunicación, la desinformación y la propaganda como Baker, Sununu o el propio Cheney, soviéticos, iraquíes y europeos estuvieron siempre en desventaja.

Los comunicados y contracomunicados de unos y otros aumentaron más, si cabía, la emoción y la tensión informativas, hasta el punto de que los telepectadores acabaron sintiéndose testigos directos de una especie de partido de tenis o de boxeo donde, en muchas ocasiones, era difícil adivinar quién pegaba y quién recibía o en qué campo estaba la pelota.

La única fórmula conocida y comprobada de compensar los aspectos negativos de la espectacularización, como señala Etienne Mougeotte, vicepresidente de la *TF1*, el primer canal de la televisión francesa, es el comentario, el análisis, las entrevistas y los informes, es decir, todo aquello que ayuda a descodificar el espec-

táculo<sup>16</sup>. La compensación es muy difícil cuando la producción de imágenes y la competencia entre cadenas, como sucedió en muchos momentos de la guerra del Golfo, se convierten en el motor de la información y los contenidos pasan a un segundo plano.

Refiriéndose a España, el ex ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, se declara impresionado por el hecho de que «en cinco meses una extendida ignorancia de los escenarios y problemas de la región ha cedido el paso a un conocimiento rico en los datos y, en general, bien orientado»<sup>17</sup>.

«También he notado que los militares profesionales que participan en coloquios y paneles se manifiestan, en general, con mayor sobriedad, menos euforia, y proceden a menos extrapolaciones estratégicas que los estrategas de salón... Participan los militares, a lo que parece, menos de la concepción de la guerra como espectáculo. E ideologizan menos el conflicto». La imagen positiva dada por los mandos militares españoles que ayudaron a los principales medios a analizar la guerra ha hecho más por el acercamiento entre civiles y militares en nuestro país que años de campaña desde la dirección general de las Relaciones Informativas del ministerio.

El *patriotismo*, exacerbación de forma inopportuna de los nobles sentimientos patrióticos, ha vuelto a teñir algunas informaciones sobre la guerra del Golfo, pero la mayor parte de los periodistas que cubrieron el conflicto consideran un poco exageradas las opiniones más pesimistas.

«Parece que hemos llegado a tal seguridad de que éste es un conflicto del mal contra el bien que en muchas ocasiones no hacemos uso de nuestras facultades críticas», se lamentaba Robert Fisk, del diario británico *Independent*, desde Arabia Saudí. «Algunos reporteros se están comportando como si fueran soldados más que periodistas. Existe una euforia, una alegría en ciertas informaciones que las hace casi indiscernibles del material que

<sup>16</sup> MOUGEOTTE, Etienne. «Le Temps de la Suspicion», *Le Monde*, 5-4-91, p. 2.

<sup>17</sup> MORAN, Fernando: «La guerra como espectáculo», *Diario 16*, Dossier, 20-1-91, p. 8.

aparece diariamente en *Stars and Stripes*, el periódico militar americano»<sup>18</sup>.

Hubo ejemplos de ello casi desde el principio de la crisis. En una entrevista con el Embajador iraquí en EE.UU. emitida el 17 de agosto del 90, Barbara Walters perdió la paciencia varias veces y acabó increpando a su entrevistado: «¿Puede dejar de darnos lecciones de historia? ¿Por qué no son liberados los rehenes?». Poco después, en la misma entrevista, el «anchorman» Ted Koppel dijo, dirigiéndose a Walters: «Un embajador está para mentir por su país». Es evidente que nunca se le habría ocurrido emplear esos términos para un Embajador estadounidense<sup>19</sup>.

Uno de los que más tuvieron que sufrir acusaciones de traición por permanecer en Bagdad y tratar de informar lo mejor posible de lo que en Irak sucedía, dadas las escasas posibilidades de movimiento en dicho país, fue el corresponsal de la CNN, Peter Arnett. La acusación más grave provino del senador Alan Simpson, quien llegó a acusar a Arnett de estar vendido al enemigo. El propio portavoz de la Casa Blanca, Marlin Fitzwater, acusó a Arnett de «haber servido de objeto de la propaganda iraquí» por describir lo que vio en los restos del bunker iraquí destruido por la aviación estadounidense en la segunda semana de la campaña aérea<sup>20</sup>.

La respuesta de la portavoz de la CNN, Eileen Murphy, no se hizo esperar: «Todo el mundo sabe las restricciones con las que Peter tiene que trabajar... Pero es mucho mejor tener a alguien en Bagdad en esas condiciones que no tener a nadie».

Quien mejor defendió la posición de Arnett fue, en mi opinión, Bob Simon, el corresponsal de la CBS detenido durante casi toda la guerra en cárceles iraquíes. Cuando recuperó la libertad, dijo: «Yo hubiera hecho lo mismo si hubiera podido. Se podían leer muchas cosas entre líneas y sus editores en Atlanta saben cómo hacerlo»<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> FISK, Robert: «Libres para contar lo que nos dicen», *El País*, 7-2-91, p. 26.

<sup>19</sup> ROWSE, Arthur E.: «The Guns of August», *Columbia Journalism Review* (C.J.R.), marzo-abril 1991, p. 26.

<sup>20</sup> *El Mundo*, 9-2-91, pp. 57 y *El Sol*, 16-2-91, p. 11.

<sup>21</sup> Declaraciones a *Radio Israel* emitidas por onda corta en inglés el 27 de marzo del 91 a las 0,40 horas.

«No hay nada como el testigo presencial, los ojos que ven lo que cuentan aunque lo que vean sea muy parcial, muy limitado y muy preparado por la propaganda de unos y otros», añadió. En términos casi idénticos defendió el director de *El Mundo*, Pedro J. Ramírez, el trabajo de su corresponsal en Bagdad, Alfonso Rojo. Más vale poco que nada. Donde esté el testimonio directo, lo demás es secundario. Es tanta la información oficial que recibimos que cualquier información de primera mano vale un potosí. Volvía a demostrarla la necesidad de poner corresponsales propios donde estaba la noticia y, de no ser posible, lo más cerca posible. Así actuaron los principales medios españoles, aunque sólo uno, *El Mundo*, logró cumplir el objetivo de mantener a uno de los suyos en Irak durante todo el conflicto. Los demás tuvieron que conformarse con llenar los países vecinos de cámaras y de enviados especiales.

La vieja solidaridad patriótica de la segunda guerra mundial, que los corresponsales vivían como cruzada necesaria y moralmente justa, quedó hecha añicos en la guerra de Corea y pulverizada del todo en Vietnam. En Corea, por ejemplo, hubiera sido impensable que un corresponsal estadounidense rechazara someterse a interrogatorios por los militares de su país si éstos lo consideraban útil. Bernard Shaw, de la CNN, se negó a pasar por ese porro cuando salió de Bagdad días después de comenzar el conflicto. Tiene toda la razón William Pfaff cuando asegura que «en nuestra vida no se restablecerá una alianza patriótica entre prensa y gobierno porque la propia opinión pública está dividida»<sup>22</sup>.

Si esa división es evidente en EE.UU., Francia o Gran Bretaña, lo es mucho más en España a causa del pseudoneutralismo histórico, la ausencia de percepción de amenazas exteriores reales, un antiamericанизmo lenguideciente y una confusión general sobre derechos y obligaciones, necesidades y posibilidades de nuestro país en su política exterior y en las relaciones entre el poder y los medios de comunicación.

Ha sido, por ello, España un lugar excepcional para comprobar

<sup>22</sup> PFAFF, William: «Ground War will make the censors' chore harder», *I.H.T.*, 14-2-91, p. 6.

la facilidad con que el *pacifismo*, mal entendido como oposición a cualquier guerra, manipulado por algunas fuerzas políticas con fines electorales, ha ensombrecido la verdad. Seleccionando e informando ampliamente de las escasas manifestaciones contra la guerra o a favor de Sadam que se organizaban en los países árabes, muchos españoles acabaron convencidos de una inminente regionalización del conflicto. Nada más lejos de la realidad.

El desconocimiento de los *antecedentes* del conflicto facilitó manipulaciones como las «pacifistas», pero puso en evidencia lagunas mucho más peligrosas. Desde mediados de los años 70 EE.UU. ha estado preparando los medios para proyectar su fuerza militar hacia el Oriente Medio en caso de necesidad. Esos preparativos culminaron con la instalación en Arabia Saudí de un Centro de Mando, Control, Espionaje y Comunicaciones (C<sup>3</sup>I). Es un sistema indispensable para la guerra electrónica moderna y el costo de las instalaciones corrió a cargo del erario saudí.

«¿Cómo pudo perderse la prensa una operación que costó 50 000 millones de dólares?», se pregunta, asombrado, Scott Armstrong, ex corresponsal del *Washington Post* y fundador de los Archivos de Seguridad Nacional en Washington. El mismo se responde: «Era una historia vieja. No se planificó ni administró desde Washington sino desde Florida. Y no provocó conflictos de competencias entre los distintos ejércitos porque fue un programa exclusivo de la fuerza aérea»<sup>23</sup>. En otras palabras, no hubo filtraciones.

Sin ese programa hubiera sido imposible el despliegue de 600 000 soldados estadounidenses en el Golfo con la rapidez que se hizo. Ese programa demuestra una cooperación entre Riad y Washington mucho más estrecha de lo que muchos gobiernos y observadores creen. Ese programa será, en el futuro, el centro neurálgico de cualquier sistema de seguridad regional nuevo que se establezca en el Oriente Medio. ¿Cómo es posible que todavía no se haya publicado una sola línea sobre toda esa infraestructura

en los medios informativos? La respuesta nos la acaba de dar el propio Armstrong.

La *marginación* de las ideologías disidentes, de los periodistas, políticos u observadores críticos con la política oficial, ha vuelto a ponerse de manifiesto en la información sobre la guerra en casi todos los países occidentales.

Ralph Nader, uno de los estadounidenses más activos en la defensa del consumidor durante muchos años y autor de varios libros sobre la América empresarial, nos ofrece, como ejemplo, los 4 segundos que dedicó la CBS el 26 de enero del 91 a la manifestación pacifista más importante organizada en Washington en todo el invierno. Otro ejemplo fue el silencio informativo sobre la propuesta de «impeachment» presentada por Henry González, presidente del Comité Bancario de la Cámara de Representantes estadounidense, contra el presidente Bush por la intervención militar<sup>24</sup>.

La marginación de las voces disidentes en los medios informativos españoles fue menos descarada, al menos en la radio y televisión oficiales, en parte por la profunda división dentro del partido socialista, en el Gobierno, en parte también porque, de corazón, muchos de los profesionales españoles vagaron durante toda la crisis entre la confusión, el pacifismo, la desconfianza y la sospecha de que EE.UU. no estaba jugando limpio y de que el presidente Felipe González no estaba contando la verdad sobre la participación española.

#### PARADOJAS Y LECCIONES PARA EL FUTURO

Julio Casares recoge tres significados distintos del término paradoja: especie absurda o que lo parece; aserción inventosí o falsa, que se presenta con apariencias de veradera; y figura que

<sup>23</sup> VALERIAN, Richard: «Talking back to the tube», *C.J.R.*, marzo-abril 1991, p. 26.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 27.

comunicante en emplear expresiones o frases que envuelven contradicción.

El servilismo de muchos informadores y el embargo de imágenes durante la guerra ofrecen elementos que se ajustan a una o más de las acepciones de Casares.

Los propios medios reconocen hoy su servilismo. Ya durante el conflicto muchos eran conscientes del desastre que se avecinaba si la batalla terrestre llegaba a convertirse en un baño de sangre para las tropas occidentales.

Dado el servilismo informativo, con algunas excepciones en todos los países, incluida España, si en la batalla terrestre llegan a morir miles de soldados occidentales, medios informativos y corresponsales occidentales hubiéramos quedado desnudos ante una opinión pública que, posiblemente, se hubiera sentido engañada por la información acrítica de toda la contienda.

Si, en cambio, los medios informativos se hubiesen rebelado contra el sistema oficial de controles, si hubieran boicoteado de alguna forma llamativa y frontal la censura oficial, en la opinión pública se habría reforzado todavía más la imagen de «traidores» que cuelga todavía sobre muchos de nuestros medios informativos y muchos de sus profesionales por la cobertura de la guerra de Vietnam. Ejércitos y Gobiernos occidentales, en una hipotética pérdida de miles de soldados, habrían encontrado en los medios informativos un chivo expiatorio perfecto.

La guerra del Golfo era, pues, una de esas situaciones en las que los periodistas nunca pueden ganar. Deben darse por contenidos si no pierden demasiado. Lo difícil, naturalmente, es saber cuánto servilismo, seguidismo oficial o información acrítica es demasiado.

Una segunda paradoja se dio en el embargo de imágenes a que quedaron sometidos sucesos importantes del conflicto. El embargo y la censura de imágenes es una práctica con muchos precedentes. Los estadounidenses los impusieron en Granada y los británicos en las Malvinas. Irak e Irán superaron con creces a Occidente en sus controles sobre la información en su reciente guerra de 9 años. La diferencia principal es que ninguna de las guerras que acabó de citar implicó a tantos países —16 con fuerzas terrestres y 13 con otras formas de apoyo económico, militar,

civil o humanitario se enfrentaron a Irak— ni intereses tan importantes para tantas personas de los cinco continentes.

Ningún conflicto desde Vietnam había suscitado tantas emociones enfrentadas. Ninguno, en fin, había tenido lugar en una sociedad internacional tan interconectada como la de hoy gracias a la televisión global. Tan fuerte ha sido el impacto de la CNN en este sentido que un mes después del fin de la guerra se anuncia la puesta en marcha de, al menos, otros tres servicios mundiales de información audiovisual ininterrompida: *Euronews*, *BBC* y *japoneses*.

Toda guerra es también un campo de pruebas y experimentos, no sólo militares —tecnológicos y estratégicos— sino también informativos. Son muchas las lecciones que se pueden aprender de la forma en que se ha cubierto la guerra del Golfo y pasarán meses o años hasta que se conozcan todas las consecuencias.

1. La primera y más obvia es, para mí y para muchos directivos de medios informativos occidentales, la dependencia casi total que tenemos de las imágenes proporcionadas por agencias civiles o militares anglosajonas: *Viasnews*, *WTN*, los servicios militares aliados, los departamentos de información de algunos ministerios de Defensa y la *CNN*, cadena informativa estadounidense que, gracias al satélite, se convirtió en esta guerra en referencia y fuente obligada para todo el mundo<sup>25</sup>.

La dependencia española de dicha cadena llegó a ser casi enfermiza. La decisión de *TVE* de emitir cada noche los telediarios de la *BBC* y de la *CBS* reforzaron aún más el efecto multiplicador de la información anglosajona en España.

2. Una fuente esencial de información internacional en situaciones conflictivas es el servicio de escucha. Cuantos más controlles impone un Estado desde dentro, más importante es disponer de un servicio de escucha o seguimiento de sus emisiones de radio y televisión para saber lo que sus dirigentes piensan y dicen

<sup>25</sup> Bourges, Hervé: «La France, les pays arabes et les médias», *Le Monde*, 3-4-91, p. 2.

a su propio pueblo y al exterior. Los principales medios informativos, como la *BBC*, la agencia *France Presse* o la *Voz de América*, colocaron sus centros de escucha de Radio Bagdad en Nicosia y Beirut, aunque hasta casi el final de la guerra la señal llegaba con suficiente claridad a la mismísima Bush House, sede de los servicios de escucha de la *BBC*, en las afueras de Londres. España, a pesar de su tan cacareada incorporación al club de los más desarrollados, sigue sin tener un servicio de escucha serio y bien organizado y dotado.

3. El enemigo principal de la verdad sigue siendo la no separación de la información y la opinión. De acuerdo con esta regla y salvando todas las excepciones que se quiera, la televisión estuvo mucho más alejada en esta guerra de la verdad que la prensa, los periódicos populares estuvieron mucho más lejos de la verdad que los periódicos serios y los medios informativos del sur estuvieron mucho más lejos de la verdad que los del norte. España, en la frontera entre el norte y el sur, rozó en algunos momentos y en algunos medios las líneas informativas de países del sur, como Yemen o Libia.

4. Si alguien tenía todavía alguna duda, ha quedado clara la revolución en las funciones y la especialización que las nuevas tecnologías ha forzado sobre los medios informativos. Hace cuarenta años los periódicos debían encargarse de todo: informar, explicar, analizar, formar, entretenér... Después llegó la radio, se hizo con el monopolio de la información de urgencia y los periódicos fueron replegándose hacia el comentario.

La guerra del Golfo ha demostrado que en el mundo de la información de 1991 estamos todos contra todos. La radio informa y comenta. La televisión informa y comenta. El periódico compite o trata de competir con los medios audiovisuales.

«La televisión hoy pretende cubrir todo el campo de la comunicación», reconoce Mougeotte, vicepresidente de la *TFI*. «(La televisión) anuncia, comenta y explica. Ha llegado la hora en que los otros medios deben revisar sus posiciones respecto al «efecto globo de la televisión». La radio encuentra naturalmente su lugar en los huecos que deja libres la televisión: el coche, la oficina, el

taller, el cuarto de baño, etc. En cuanto a la prensa escrita, habiendo perdido el monopolio de la primera noticia, encuentra su espacio vital en el comentario y la explicación, aprovechando las ventajas de la lectura sobre la palabra y la imagen. Parece que, en esta guerra, los diarios, gracias a su flexibilidad, han tenido un papel perfectamente complementario de la televisión»<sup>26</sup>.

5. El mejor aliado de los censores estadounidenses, en la guerra del Golfo, ha sido el propio Sadam Hussein al negarse a reconocer víctimas y daños. Será difícil que otro dictador cometá el mismo error en el futuro, aunque el hombre ha demostrado sobradamente que es el único animal capaz de tropezar una y mil veces en la misma piedra sin aprender nunca la lección.

6. Poco podrán hacer los medios informativos contra la censura mientras la mayor parte de la población se ponga de parte de los censores, como ha sucedido con la mayor parte de los pueblos occidentales en la guerra del Golfo. Directivos de los medios, periodistas y dirigentes políticos deberían revisar seriamente en las democracias esta situación, pues el riesgo de deterioro de los principios democráticos es muy alto si se deja enquistar este peligroso virus.

7. La televisión no es sólo imagen ni la prensa es sólo palabra escrita. La imagen sin la palabra se empobrece rápidamente. La mejor prueba la tenemos en la transmisión en directo desde la habitación del hotel Rashid de Bagdad del equipo de la *CNN* la madrugada del 17 de enero del 91, cuando comenzó la ofensiva aérea. La pobreza de los comentarios de Shaw y Arnett, si los comparáramos con las crónicas de Edward Murrow desde Londres en los momentos más difíciles de la batalla aérea, durante la segunda guerra mundial, harían palidecer a los pioneros de los informativos de televisión.

En cuanto a los periódicos, la influencia de la imagen los obliga a reaccionar. La palabra hace tiempo que encuentra dificultad

<sup>26</sup> MOUGEOTTE, Etienne, *op. cit.*

tades para vencer si se ofrece en solitario, aunque *Le Monde* se esfuerce en seguir siendo la excepción hasta el día de su muerte.

8. Los nuevos narradores de los medios informativos son los informadores gráficos. Desde la posproducción en televisión y desde la información gráfica por ordenador en los periódicos, se han convertido en parte imprescindible de todo medio escrito o audiovisual.

Los llamados artistas o grafistas tradicionales han esperado sentados a que el jefe de sección, el redactor jefe o el director les pidieran un mapa, un dibujo u otros efectos de apoyo al texto o a la voz. El arte gráfico ha avanzado tanto en el medio escrito que se ha convertido en una especialidad indispensable para poder sobrevivir a la televisión. Para ello es imprescindible impulsar en la prensa escrita la integración de la palabra y de la imagen<sup>27</sup>.

9. La sociedad internacional será global, pero las guerras las siguen decidiendo y haciendo los gobiernos nacionales, incluso cuando las haya legitimado Naciones Unidas, como es el caso de la guerra del Golfo. Son, por tanto, los gobiernos los que imponen la forma en que puede informarse sobre las guerras y, lógicamente, en los sistemas de controles establecidos siempre suelen salir favorecidos los medios informativos nacionales.

10. El instinto de supervivencia comercial y profesional puede siempre más que la primera enmienda de la Constitución, si hablamos de EE.UU., y que el artículo 20, si hablamos de España. En ambos se garantiza el derecho del pueblo a estar informado y la obligación consiguiente de los profesionales a informar.

La guerra del Golfo ha puesto en evidencia una vez más, como reconoce Richard Harwood, que «la religión del capitalismo es vencer al adversario»<sup>28</sup>. «El fracaso se paga caro... La información, independientemente de sus aspiraciones egoísticas, está lejos de ser

una bolsa de judías que se juegan desinteresadamente románticos bohemios. Es una de las muchas actividades rentables y vitales de una industria estadounidense, la de comunicación, que representa más del 6 por ciento del PNB de los Estados Unidos y que proporciona mayores beneficios que el presupuesto del Pentágono».

No es menos cierta la afirmación para el caso español. De ahí que, en la necesidad de competir, todas las emisoras españolas, públicas y privadas, hayan invertido centenares de millones de pesetas en la cobertura de la guerra, hayan modificado sus programaciones, levantado programas, improvisado programas especiales y, con todo ello, perdido publicidad. Había que estar donde estaba la competencia y hacerlo mejor que ella o perder algo mucho más valioso, la audiencia.

Los medios informativos extranjeros desplegados en el Golfo no acababan de entender cómo España era, después de EE.UU., el país con más enviados especiales y más equipos de televisión en la zona del conflicto. Importa poco que los contenidos fueran uniformes.

11. El mejor periódico o el mejor telediario son malos si no venden o si no se ve. Dicho en otras palabras, los propietarios de los medios informativos deben tener en cuenta, a la hora de aprobar el plan de cobertura de una guerra, los intereses, los sentimientos y las opiniones de sus lectores y telepectadores.

Unos contenidos que provoquen el rechazo general de la audiencia o de los lectores, por muy ajustados que sean a la verdad, son inaceptables. Por ello, todo medio informativo se debatirá siempre entre la necesidad de informar lo mejor y más honestamente posible, y la obligación no sólo de sobrevivir sino de ganar dinero, lo cual sólo es posible manteniendo y aumentando lectores, audiencia e ingresos por ventas y por publicidad.

No es casualidad que la información más plural y objetiva sobre la crisis del Golfo se publicara en los meses anteriores a la guerra, cuando la opinión pública estaba tan dividida en Occidente entre los partidarios de la intervención militar y los partidarios del mantenimiento indefinido del embargo. Iniciada la guerra, cuando el 80 por ciento de los estadounidenses, británicos o franceses empezó a declararse en las encuestas a favor de las deci-

<sup>27</sup> AIGES, Scott: «The new storytellers», *C.J.R.* marzo-abril, 1991, pp. 36-37.

<sup>28</sup> HARWOOD, Richard: «When the news from the front is hard to come by», *I.H.T.*, 13-2-91.

siones de sus gobiernos de apoyar la intervención militar, la información rápidamente se simplificó a favor de los aliados. Hasta en España, donde más del 50 por ciento de la población se había venido declarando sistemáticamente en contra de la guerra y del apoyo oficial español a la intervención militar contra Irak, a pesar de que el 90 por ciento de los diputados votaba a favor de la guerra y de la posición del Gobierno, cambió radicalmente la opinión cuando se fue haciendo evidente la aplastante victoria sobre el Ejército iraquí y que el presidente Bush cumplía su mesa de limitar esa victoria, negándose a seguir hasta Bagdad, para no provocar el desmembramiento de Irak.

Bush cumplió lo prometido y se ajustó al mandato de la ONU mucho mejor de lo que sus críticos, incontables en España, creyeron y dijeron.

#### LOS ERRORES DE LOS CONTENDIENTES

La guerra del Golfo ha puesto en evidencia errores y ofrece lecciones esenciales para entender el sistema internacional que se está gestando.

Una primera lección de la guerra del Golfo, en contra de lo que muchos creen, es que el nuevo orden internacional no es un mundo unipolar controlado por los Estados Unidos como superpotencia hegemónica. Todo lo contrario: la guerra del Golfo nos ha mostrado unos Estados Unidos necesitados del apoyo económico de sus aliados para financiar la guerra y del apoyo diplomático de casi toda la comunidad internacional para legalizarla desde Naciones Unidas.

Por muchos desfiles que organicen y muchos discursos que pronuncien para celebrar la victoria, los dirigentes estadounidenses saben que su país se encuentra en recesión, sigue pidiendo prestado el 6 por ciento de su producto nacional bruto para financiar su presupuesto, es el primer deudor, con diferencia, del

mundo, y continúa perdiendo influencia económica relativa en relación con Alemania y Japón.

Si el modelo de cooperación internacional aplicado en la guerra contra Irak se generalizara en otros conflictos futuros, estaríamos ante un orden internacional controlado por las grandes potencias, que se distribuyen el trabajo: la iniciativa militar para EE.UU.; la financiación para Alemania, Japón y los productores de materias primas que pidan esa intervención militar; y la cobertura o legalización diplomática internacional para la URSS, China y otros países que ven más rentabilidad en la cooperación con Occidente que en mantener la confrontación por medio de clientes o aliados del Tercer Mundo.

Este modelo de cooperación internacional es muy difícil que vuelva a darse en el futuro por muchas razones:

- no es fácil que coincidan intereses económicos tan claros como el petróleo de Kuwait, capaz de unir a los más discólicos aliados de Occidente.
- no es fácil que el agresor cometa tantos errores políticos y militares como los que ha cometido Sadam Husein.
- no es fácil que la Unión Soviética, o lo que quede de ella, China y el Tercer Mundo acepten y avalen en Naciones Unidas con mayor o menor pasividad otras intervenciones estadounidenses como lo han hecho en la intervención contra Irak.

Los principales errores, por parte de Occidente y la URSS, que condujeron a la guerra del Golfo fueron:

1. Armar a un dictador con arsenales convencionales, químicos y bacteriológicos para hacer negocio o evitar el expansionismo fundamentalista islámico sin controles adecuados para evitar la utilización de esos arsenales para otros fines, como la invasión y anexión de Kuwait.
2. No disuadir a Irak, cuando aún había tiempo, contra nuevos actos de agresión como la invasión de Irán. De esto son más culpables los países ricos del Golfo que las grandes

potencias, pues Estados Unidos llevaba años solicitando acceso a bases aéreas y navales en la zona del Golfo sin demasiado éxito.

3. Hacer oídos sordos a las quejas razonables que Sadam Hussein hizo durante meses por los bajos precios del petróleo que estaban arruinando la economía iraquí, precios de los que eran responsables, sobre todo, los gobiernos de Kuwait y de los Emiratos.

Por parte de Saddam Hussein, su principal error fue no haber comprendido que la guerra fría ha terminado. En el antiguo orden internacional, su cálculo de que EE.UU. no arriesaría un enfrentamiento con la URSS por defender a un país del Oriente Medio posiblemente hubiera sido correcto. En el nuevo orden naciente, fue un error trágico que el pueblo iraquí pagaría durante décadas.

«El nuevo orden mundial... comenzó con la llegada al poder de (Mijail) Gorbachov», declaró el ex ministro de Defensa y diputado laborista israelí Ezer Weizman. «El abandonó Europa oriental, puso fin a la guerra fría y estableció nuevas relaciones entre la URSS y los Estados Unidos. George Bush, con el debido respeto, no habría movido ni un solo tanque o avión al Golfo sin este cambio fundamental».<sup>29</sup>

Si Gorbachov y los europeos que le han apoyado, empezando por el alemán Hans-Dietrich Gensher, han hecho posible una intervención estadounidense como la del Golfo, es comprensible, aunque no seguro, que soviéticos y europeos tengan un papel en la formulación de un nuevo orden para el Oriente Medio. Sería la única forma de que sobre las cenizas de Irak nazca un «nuevo orden internacional» y no una «paz americana».

La actitud de Bush durante la crisis invita, en mi opinión, al optimismo: en cada momento crítico de la crisis —envío de tropas en agosto, multiplicación por dos de esas tropas a partir de noviembre, comienzo de la ofensiva aérea en la madrugada del 17

de enero y comienzo de la ofensiva terrestre en la madrugada del 24 de febrero— el presidente estadounidense, George Bush, consultó con los principales aliados.

Terminada la guerra terrestre en cien horas y puesto en marcha el proceso de reconstrucción, los dirigentes estadounidenses han recibido en Washington a los ministros de Exteriores de los principales aliados europeos de la coalición. Sólo después, ha iniciado el secretario de Estado, James Baker, su gira por Oriente Medio y la URSS. No deja de ser un signo esperanzador que Baker haya ido a consultar e intercambiar ideas, sin ningún plan definitivo. El presidente Bush le seguiría.

El objetivo sigue siendo la paz consensuada, no la paz americana, aunque, por las condiciones de la guerra, será inevitable que el orden o desorden resultantes tengan mucho de americano.

Sadam no entendió la amenaza que suponía para Occidente y Japón su control sobre el 20 por ciento de las reservas del petróleo del mundo (el 10 por ciento de Irak y otro tanto de Kuwait) si hubiera logrado quedarse con los yacimientos del emirato.

Nunca creyó que Arabia Saudí, la cuna de la fe islámica, sede de Meca y Medina, se atrevería a autorizar el uso de su país por el Ejército estadounidense. El rey Fahd y su familia la sorprendieron. Es evidente que consideraron más peligrosa la hegemonía económica, política y militar de Sadam Hussein en la región que los posibles efectos desestabilizadores de una presencia militar masiva extranjera en su desierto.

El dictador iraquí nunca creyó que los regímenes árabes de Siria y Egipto, no digamos Marruecos, se atreverían a enviar sus soldados contra él y, de atreverse, estaba convencido de que estos regímenes serían barridos por sus propios pueblos, que los considerarían marionetas de los Estados Unidos e Israel. Subestimó la influencia financiera de Arabia Saudí y Kuwait, y la influencia militar, política y económica de Washington, París y Londres sobre dichos regímenes. Sobrevaloró, obviamente, el apoyo que sus acciones iban a despertar en el pueblo árabe.

De momento, lo único que ha logrado es dividir más que nunca al mundo árabe y colocar en una situación muy delicada a los escasos dirigentes árabes que le apoyaron: los dirigentes del Yemen, el rey Hussein de Jordania y el dirigente de la OLP, Yaser

<sup>29</sup> Entrevista realizada por HABOR, Eitan, *El Independiente*, 10-3-91, p. 6.

Arafat. Maestros de la supervivencia, todavía es posible que superen esta última prueba, pero el daño causado a la causa palestina por el apoyo de la OLP a Sadam Husein es difícilmente perdonable.

En cualquier caso, el rey Hussein podría sobrevivir si Occidente, sus aliados árabes e Israel no encuentran mejor opción para sus intereses dentro de Jordania. El futuro de Arafat está en manos del Consejo Nacional Palestino, que elige o reelige a sus mandos cada cuatro años. El que Bush y los 8 países árabes (los 6 del Golfo, Siria y Egipto) no mencionen siquiera a la OLP en sus nuevos planes para el Oriente Medio es la primera prueba tangible del precio que tendrá que pagar Arafat por su último error. Con el lanzamiento de sus misiles Scud contra Israel y su excesiva manipulación de causas nobles y justas, como la palestina, la lucha contra el sionismo o la brecha entre árabes pobres y ricos, Sadam Hussein logró movilizar a su favor a millones de árabes desde Amán a Mauritania, pero este apoyo no podía traducirse en divisiones militares y ni siquiera se tradujo, como tal vez esperara el presidente iraquí, en una campaña mundial de terrorismo y desestabilización.

Los «Scud» que cayeron sobre Israel y Arabia Saudí pueden haber sido el mejor arma de los aliados para unir psicológicamente en el bando de las víctimas a pueblos y regímenes tan diferentes como el saudi y el israelí. Sin duda mejoraron sensiblemente la posición de Israel en la comunidad internacional al no responder a la agresión con una nueva agresión y debilitaron seriamente la causa palestina en los territorios ocupados.

Es más, los «Scud» que cayeron sobre Arabia Saudí callaron inmediatamente las protestas crecientes entre los puristas islámicos por la cooperación del régimen saudi con los impíos occidentales. Por si fueran pocos los errores anteriores, Sadam cometió un último error político de trágicas consecuencias para su país. Consideró incapaz a George Bush de apretar el gatillo. Vio en los intensos debates del Congreso estadounidense y en las manifestaciones pacifistas callejeras de Estados Unidos y Europa un resurgimiento de las mismas fuerzas que aceleraron la paz sin victoria en Vietnam.

Vietnam estuvo muy presente en la actuación de los dirigentes políticos y militares estadounidenses, pero con un efecto exactamente contrario al que creyó Sadam Husein. Convencidos de que la guerra de Vietnam la perdieron por la opinión pública, esta vez controlarían estrictamente toda la información.

Convencidos de que la guerra de Vietnam la perdieron por no utilizar todos los medios militares disponibles, esta vez Estados Unidos se aseguraría una victoria rápida y decisiva con el menor número de bajas posibles, aunque para ello hayan tenido que desplegar en el Oriente Medio el 75 por ciento de sus aviones de combate y el 40 por ciento de sus tanques. Si tenemos en cuenta que Irak, con toda su riqueza, tenía antes de la guerra un producto nacional bruto comparable al de Portugal, resulta evidente la desproporción de medios empleados para hacer frente a la amenaza real iraquí<sup>30</sup>.

Tal vez tenga razón el editorialista de *Le Monde*, Michel Tatu, cuando afirma que «Sadam Husein fue derrotado el 2 de agosto del 90, independientemente de las causas del conflicto». ¿Por qué? «Porque, conquistando Kuwait, se equivocaba de época y no comprendía que el refugio soviético había dejado en libertad a América; militarmente, para concentrar sus fuerzas en el Golfo; y psicológicamente, para enterrar definitivamente su «síndrome vietnamita» y afirmarse sin complejos en defensor de los países pequeños contra sus predadores»<sup>31</sup>.

Sin embargo, la crisis no tenía por qué haber acabado en la destrucción de Irak y la humillación de Sadam Husein. Cinco meses y medio tuvo el dictador iraquí para escapar de Kuwait salvando parte de su botín. Incluso después de iniciarse la ofensiva aérea, cuando Bush le dio 24 horas el 22 de febrero para retirarse, podía haber salvado lo mejor de su ejército y mantenido todavía el ejército más poderoso del Oriente Medio. Lo quiso todo y se quedó prácticamente sin nada: unas 25 divisiones, lo que los aliados le quisieron dejar para impedir la desmembración iraquí y la conversión de Irán en la potencia regional indiscutible.

<sup>30</sup> «On top of the world», *The Economist*, 9-3-91, p. 15.  
<sup>31</sup> TATU, Michel: «Golf: Le vrai vainqueur», *Politique Internationale*, núm. 50, invierno 1990-91, p. 55.

Las razones militares del éxito aliado son múltiples: nuevas tecnologías en viejas armas y algunas armas nuevas con buenos resultados; aislamiento diplomático de Irak casi total; siete meses de embargo y seis meses de bloqueo que debilitaron seriamente al país; un dirigente analfabeto en estrategia y táctica frente al Ejército que tenía delante; un plan de ataque como el «Airland Battle» bien adaptado al terreno y a las circunstancias y bien ejecutado; sorprendente velocidad en la operación de flanqueo; aplastante superioridad aérea y naval; tremendo debilitamiento iraquí tras seis semanas de intensos bombardeos; superioridad ruborizante de los aliados en sistemas de reconocimiento aéreo y por satélite...

En fin, la guerra acabó en una cacería, cuyas víctimas todavía no ha reconocido oficialmente ninguno de los bandos. Los ataques desde los aviones «A-10» y desde los helicópteros «Apache» contra los tanques y blindados iraquíes se convirtieron en un tiro al plato. Todo el campo de batalla se dividió en cajas y estas cajas se distribuyeron entre los distintos pilotos, de modo que no hubiera confusión. Los aviones aliados tenían que hacer cola para bombardear. Tal era la facilidad y la intensidad de los bombardeos. Los propios pilotos aliados reconocen que nunca vieron nada parecido.

Muchos pronósticos, casi todos los que esgrimieron los que se opusieron a la opción militar, han resultado equivocados.

La guerra no ha sido larga. Sadam no ha logrado convertirla en una conflagración árabe-israelí. La coalición anti-Sadam resistió sin dividirse. La opinión pública occidental, salvo en casos excepcionales dignos de estudio histórico y psiquiátrico como el de España, apoyó a sus gobiernos. La Guardia Republicana iraquí no luchó como se esperaba.

La aviación no ganará guerras, pero si la dejan sola facilita enormemente la victoria. La censura militar es un arma que pueden utilizar, y utilizan con igual o mayor eficacia, las democracias que las dictaduras. Los aliados perdieron menos de 200 de sus soldados. No se desató la campaña terrorista apocalíptica que se nos anunció. La guerra fue, como Bush dijo, rápida y no tuvo nada que ver con Vietnam.

El objetivo, mal que les pese a muchos, no era romper y desin-

tegrar Irak, y matar a Sadam Husein, sino liberar Kuwait y asegurar que quien gobierne Irak en el futuro carecerá de medios para seguir agrediendo o amenazando con agredir a los países vecinos. Ni la URSS ni Irán, a la hora de la verdad, se pusieron al lado de Irak.

Los servicios de espionaje estadounidenses se equivocaron estrepitosamente en muchos de sus cálculos durante la crisis. Si fueron errores intencionados para justificar un despliegue masivo y asegurarse objetivos que iban más allá de las resoluciones de la ONU, es algo que está por demostrar, pero hay muchos elementos que apoyarían tal hipótesis. Entre esos cálculos equivocados o manipulados, podemos destacar tres:

1. El número de fuerzas iraquíes en Kuwait. Los aliados dijeron que habría unos 540.000 soldados. Terminada la batalla, se comprobó que Irak nunca tuvo más de 250.000, aunque *Radio Bagdad*, en su propaganda paranoica, se jactara una y otra vez de disponer de un millón de hombres en Kuwait.
2. Los aliados creyeron que Irak disponía de unas 35 rampas móviles para lanzamiento de los «Scud». Ha demostrado tener al menos 200 y Washington todavía no está seguro.
3. Irak no dejó de amenazar con el empleo de armas químicas y los aliados se tomaron absolutamente en serio la amenaza. Reconquistada Kuwait, no se ha encontrado en el emirato ni una sola cabeza cargada con armas químicas<sup>32</sup>.

Dos cosas llaman la atención en estos errores de cálculo:

- La propaganda iraquí, y por tanto Sadam Husein, los propiciaron, facilitando con ello que los dirigentes aliados dieran por buenos unos datos que probablemente les eran muy útiles aunque no se correspondieran a la realidad. Esto nos vuelve a demostrar la ignorancia del dirigente iraquí y de sus asesores.

<sup>32</sup> *Newsweek*, 18-3-91, p. 25.

- Al producirse estos errores tras comprobaciones de errores de bulto en las previsiones occidentales sobre los cambios en el Este y el redespunte de fuerzas soviéticas más allá de los Urales para no incluirlos en los últimos acuerdos de reducción de armas convencionales en Europa, están forzando una revisión de todos los sistemas de espionaje en los Estados Unidos.

Los hechos están desmintiendo también a quienes advirtieron que, perdiendo la guerra militar, Saddam Hussein ganaba la guerra política. Sin conocer todavía el final de las rebeliones shíí y kurda contra el régimen de Bagdad, se ha vuelto a demostrar que quien gana una guerra impone las condiciones del nuevo orden<sup>33</sup>.

## Introducción: la guerra que iba a ser televisada

«En el combate los persas tuvieron cien mil bajas en la infantería y diez mil en la caballería. En el ejército de Alejandro hubo quinientos cuatro heridos; entre los soldados de a pie, en total trescientos dos perdieron la vida y ciento cincuenta entre los jinetes: *¡tan poca cosa costó conseguir tamaña victoria!*»  
 «(QUINTO CURCIO RUFO, *Historia de Alejandro Magno*, libro III, 11, 27-31).»

Esta cita de Quinto Curcio Rufo, referida a la batalla de Isos en la que Alejandro derrotó a Darío III Codomano el 333 a.n.e., bien pudiera haber formado parte de uno de los famosos «briefings» con que el general Schwarzkopf daba cuenta de las victorias de la coalición multinacional bajo su mando, y nos sirve como excelente pie para abrir esta obra dedicada a la información, la desinformación, la censura y la propaganda en la reciente guerra del Golfo.

Hace dos mil quinientos años el general Sun Tzu afirmaba que «el arte de la guerra está basado en el engaño»; el general y caudillo chino sostenía asimismo que «cuando seas capaz, finge la incapacidad; activo, la pasividad (...); próximo, haz creer que estás lejos», etc. Todas estas máximas son desde luego bien conocidas por todos los que se dedican al terrible oficio de la guerra. Pero la guerra, como decía Churchill, es un asunto demasiado serio para dejarlo sólo en manos de los militares. Así pues, además de todos esos engaños y añagazas de los militares, clásicos de las guerras,

<sup>33</sup> KANN, Peter. Artículo publicado en el *Wall Street Journal* el 1-2 de marzo del 91, p. 8.